

## Tío Mate sonrío

La cámara es el ojo de un buitre que navega en vuelo sobre un área de matorrales escombros y edificios sin terminar en las afueras de la ciudad de México.

Edificio de cinco pisos sin paredes sin escaleras... los okupas armaron casas inventadas... suelos conectados por escaleras... los perros ladran, los pollos cacarean, un chico hace el gesto de hacerse la paja en el techo cuando la cámara pasa sobre él.

Cerca del suelo vemos la sombra de nuestras alas, bodegas secas invadidas de cardos, varas de hierro oxidado que surgen como plantas de metal desde el cemento quebrado, una botella rota al sol, historietas manchadas de color caca, un chico indio sentado contra una pared con las rodillas levantadas como una naranja salpicada de pimienta roja.

La cámara hace un zoom hacia un edificio de departamentos de ladrillos rojos tachonado de balcones donde flamean camisas brillantes de cafisios en púrpura, en amarillo, en rosado, como las banderas de una fortaleza medieval. En esos balcones, vislumbramos flores, perros, gatos, pollos, una cabra atada, un mono, una iguana. Los *vecinos*\* se inclinan sobre los balcones para intercambiar chismes, mientras cocinan aceite, querosén y azúcar. Es un set viejo y costumbrista utilizado año tras año por extras sustitutos.

\* En este capítulo las palabras y frases en bastardilla quedan en castellano, incluso con errores, tal como las escribió el autor.

La cámara se desliza hasta la parte superior del edificio donde se ven las siluetas de dos balcones a contraluz contra el cielo. Los balcones no están exactamente uno sobre el otro porque el balcón superior está un poquito más atrás. Ahí se detiene la cámara... EN EL SET.

Es una mañana brillante, ventosa, una luna azul de porcelana en el cielo. Joselito, el hijo *maricón* de la tía Dolores\*, acomodó un espejo junto al barril de agua de lluvia y se afeita los pelos largos, sedosos, negros del pecho en el viento de la mañana mientras canta:

–NO PEGUEN A MÍO.

Es un sonido intolerable que hace tintinear las cucharas en los platos hondos y vibrar los vidrios de las ventanas. Los *vecinos* murmuran, taciturnos.

–*Es el puto que canta.*

–El hijo de Dolores. –Ella se hace la señal de la cruz.

Un muchacho gira para bajarse de su esposa, abatido.

–No puedo con ese puto que canta.

–El hijo de Dolores. Ella tiene el mal de ojo.

En todas las habitaciones, se proyecta en la pared la cara de Joselito que canta “NO PEGUEN A MÍO”.

Una imagen de un viejo paralítico y la cara de Joselito a centímetros de su grito “NO PEGUEN A MÍO”.

–Es el hijo de Dolores, no te olvides.

–Uno de los “Gatitos” de Lola.

La tía Dolores es una vieja que maneja un kiosco de diarios y tabaco. Claramente, Joselito es su hijo profesional.

En el balcón superior está Esperanza, que bajó de las montañas desde que su esposo y todos sus hermanos cayeron presos

\* Las palabras “tío”, “tía”, “fandango” o nombres como “La Chata”, “El Mono”, “Fundador” en castellano en el original.

por cultivar amapolas de opio. Ella es una mujer maciza con los brazos de un luchador y un gruñido de dientes salientes. Se inclina sobre la pared del balcón.

—*Puto grosero, tus chingoa de pelos nos soplan en la cocina.*

Una imagen de pelos que salpican la sopa y caen sobre un omelette como si fueran finas hierbas.

El epíteto “*grosero*” es demasiado para Joselito. Gira en círculo y se corta el pecho. Se aprieta la herida con la mano en un gesto de consternación patética como un santo que muere en una pintura de El Greco. Jadea:

—*MAMACITA* —y se pliega sobre las baldosas rojas del balcón goteando sangre.

Eso saca a la tía Dolores de su cubil bajo las escaleras, un nido de ratas de revistas y diarios viejos. Los ojos malvados de la mujer rotan en un calendario complejo, y esos cálculos la ocupan muchas horas todas las noches que pasa sentada en el nido jadea y gorjea y canta y escribe en cuadernos que están apilados alrededor de su cama con revistas de astrología...

—Mañana mi ojo de mediodía va a estar a pleno...

Esa tabla de su poder es tan precisa que ella tiene que conocer día hora minuto y segundo para asegurarse de un ojo ascendente y para eso lleva con ella una colección de relojes de pared, relojes pulsera y relojes de sol que cuelgan de correas y cadenas. Es capaz de hacer que cada uno de sus ojos haga algo diferente, que uno gire en dirección de las agujas del reloj y el otro en contra o hacer caer un ojo sobre la mejilla adornado con furiosas venas rojas mientras el otro se hunde en una enigmática grieta gris. Últimamente estableció una tabla de horarios de “*ojos dulces*” y tiene cierto renombre como curandera aunque el tío Mate dice que de ella preferiría diez mal de ojos que uno de sus dulces. Pero él es un viejo amargo que vive en el pasado.

Dolores es una formidable máquina de guerra, más bien como una torreta de ametralladora; depende de una exactitud de tiempo de menos de un segundo y del disco reflector de su kiosco; no está bien diseñada para encuentros sorpresivos.

Entra el turista estadounidense. Se piensa a sí mismo como un buen tipo pero cuando mira en el espejo para afeitarse a ese buen tipo tiene que admitir que “bueno, otros son diferentes de mí y a mí en realidad no me gustan”. Eso lo hace sentirse culpable frente a otros. La tía Dolores se acomoda la capa de malicia alrededor del cuerpo y lo mira con desaprobación pétrea.

–*Buenos días señorita.*

–*¿Desea algo?*

–*Sí... Tribune... Tribune Americano...*

Ella aprieta los labios en silencio, pliega el *Herald Tribune* y se lo entrega. Mientras trata de no mirar lo que hace la mujer con los ojos, él busca cambio en los bolsillos. De pronto, la mano de él sale disparada del bolsillo y las monedas caen en la vereda. Se agacha para levantarlas.

Un chico le entrega una moneda.

–*Gracias... Gracias...*

El chico lo mira con odio distante. Él se queda ahí con las monedas en la mano.

–*¿Es cuánto?*

–*Setenta centavos.*

Él le da un peso. Ella lo deja caer en un cajón y empuja el cambio hacia él.

–*Gracias... Gracias...*

Ella le clava una mirada helada. Él se aleja tropezando. A mitad de la cuadra aúlla:

–*VOY A MATAR A ESA VIEJA PERRA...*

Empieza a boxear con un adversario imaginario y a apuntar como con una pistola. Muchos se paran a mirar.

Los chicos gritan siguiéndolo.

–*Hijo puta mericano loco.*

Se acerca un policía, a tropezones.

–*Señor... oiga...*

–VIEJA PERRA... VIEJA PERRA...

El hombre da manotazos en medio de una confusión roja de sangre fría en la camisa.

Entra una mujer embarazada. Pide la edición de *Life* en español. Dolores mira directamente a la panza de la mujer, sus ojos se vuelven opacos y después giran hacia el interior de su cabeza.

–*Nació muerto* –susurra al tío Pepe, que aparece ahora a un costado junto a la mujer.

En los días de “ojo dulce” transforma el kiosco en un puesto de flores y se sienta ahí y brilla como la anciana florista más dulce del mundo.

Entra el turista estadounidense la cara vendada el brazo en cabestrillo.

–¡Ah! El *caballero* americano quiere el *Tribune*. Hoy vendo flores pero este diario lo guardé para usted.

Los ojos se le afinan en una sonrisa que funde la cara en una luz dulce.

–*Aquí señor, muchas gracias.*

El diario huele levemente a rosas. La moneda le salta a la mano. Mientras le da el cambio, ella le pone una moneda sobre la palma de la mano y le pliega los dedos alrededor.

–Esto le va a dar suerte, *señor*.

Él camina por la calle y sonríe a los chicos que le devuelven la sonrisa...

–Supongo que para eso venimos..., estos chicos..., esa anciana florista...

Entra la mujer cuyo hijo varón nació muerto. Vino a comprar una flor para la tumba. La tía Dolores sacude la cabeza con un gesto triste.

–*Pobrecito.*

La mujer saca una moneda. La tía Dolores levanta las manos.

–*No señora... Es de mío...*

Sin embargo, el manejo del tiempo que hace ella necesita un cambio constante de estímulos y de carácter...

–Mi ojo dulce se desvanece con la luna. –Ese día el turista llega al hotel al borde del colapso por un terrible chico de la calle que lo siguió aullando desde el kiosco:

–Hijo de puta *puto* queer, me vas a pasar la gonorrea, imbécil de mierda.

A veces, la mitad del puesto es un kiosco de diarios y la otra mitad una florería y ella se sienta en el medio, el ojo dulce de un lado y el ojo del kiosco en el otro. Es capaz de alternar el ojo malo y el dulce veinticuatro veces por segundo; los ojos le saltan de una cuenca a la otra.

Muy confiada por sus victorias anteriores, la tía Dolores se menea hacia el balcón como un pájaro gordo y viejo.

–*Pobrecito*... –Le pasa una mano a la cabeza de Joselito para reunir sus poderes.

–Dile a tu hijo *maricón* que se afeite en la casa.

Con una mirada rápida a tres de los relojes, Dolores se vuelve para hacer frente a una campesina inculta que se atreve a desafiar el temido ojo.

–*Vieja loca ¿qué haces con tus ojos?* –se burla Esperanza–. *Tu te pondrás ciego como eso.*

Dolores jadea:

–TÍO PEPE –y se deja hundir en el piso junto a su impresionado hijo.

Y el tío Pepe sale bruscamente desde el interior mientras se ata los pantalones con una soga gris húmeda. Bajo una farsa de buen temperamento está su alma sacudida por vientos salvajes de odio y mala suerte. Lee los diarios con cuidado regodeándose en los accidentes, desastres y crímenes que cree causar él con sus “*sugestiones*”. La magia consiste en susurrar impactantes frases de los diarios: “... no hay sobrevivientes...

condenado a muerte... fuego de origen desconocido... cuerpos calcinados...”. Lo hace en medio de multitudes en las que todos están distraídos o mejor, mucho mejor, directamente al oído de alguien dormido o inconsciente por la bebida. Si no hay nadie cerca y está seguro que fracasará refuerza las “*sugestiones*” golpeándolo en los testículos, metiéndole un nudillo en el ojo o aplaudiéndole con las manos en copa sobre el oído.

Aquí hay un hombre dormido sobre un banco en un parque. El tío Pepe se acerca. Se sienta junto al hombre y abre un diario. Se inclina y lee en el oído del hombre, un susurro espeso viscoso.

–*No hay supervivientes.* –El hombre se sacude, inquieto–. *Muerto en el acto.* –El hombre sacude la cabeza y abre los ojos. Mira al tío Pepe con sospecha; el tío tiene las dos manos sobre el diario. Se pone de pie y se toca los bolsillos. Se aleja.

Y hay un joven que duerme en un parquecito. El tío Pepe deja caer una moneda junto a la cabeza del chico. Se inclina para levantarla y susurra:

–... *un joven muerto.*

Algunas veces, los *vecinos* lo espantan para alejarlo de alguien que duerme y él se aleja rengueando como un viejo buitre que muestra los dientes amarillos en una mueca desesperada. Ahora huele el rastro de un vómito de borracho y ahí está el muñeco desparramado contra una pared, los pantalones manchados de orina. Inclinado como para ayudarlo a levantarse, el tío Pepe le susurra en los dos oídos una y otra vez:

–... *accidente horrible...* –Se pone de pie y chilla en una voz aguda de falsete–: *EMASCULADO EMASCULADO EMASCULADO* –y le da tres patadas no muy fuertes al hombres entre las piernas.

Encuentra a una vieja borracha que duerme en una pila de harapos y le pone una mano sobre la boca y la nariz mientras susurra:

—... *vieja borracha asfixiada.*

Otro borracho duerme en peligrosa proximidad a un fuego que alguien encendió con ramitas.

El tío Pepe deja caer una colilla encendida en la mano tendida del hombre, se agacha y susurra:

—... *cuervo carbonizado... cuervo carbonizado... cuervo carbonizado... —Tira hacia atrás la cabeza y canta a las ramitas secas, los cardos, el viento—: cuervo carbonizado... cuervo carbonizado... cuervo carbonizado...*

Levanta la vista hacia Esperanza con una sonrisa horrible.

—¡Ah! El primo del campo se levanta temprano —dice ella mientras él tararea una cancioncita.

—*Resbalando sobre un pedazo de jabón, se precipitó desde un balcón.*

Esperanza abre su largo brazo en un arco despectivo y arroja una toalla mojada sobre la pared del balcón salpicando con agua sucia al tío Pepe, a Dolores y a Joselito. Sonriendo por encima del hombro ella vuelve a entrar.

El equipo vencido del balcón inferior se lame las heridas y planea una venganza.

—Si la atrapo frente a mi kiosco a las 9:23 el próximo martes...

—Si la encontrara *borracha*...

—Y voy a mandarle a los *pistoleros*...

Ese alarde de Joselito está basado en su relación peculiar con Lola La Chata. Lola La Chata es una mujer sólida de ciento cincuenta kilos cortada en la misma roca de montaña que Esperanza. Vende heroína a los cafisios y ladrones y putas y lleva la droga en papelitos entre las dos tetas macizas. Joselito tenía un amigo drogón que le presentó a Lola.

Joselito bailó flamenco chillando como un pavo real. Lola se rio y lo adoptó como uno de sus “Gatitos”. En una ceremonia solemne, él tuvo que chupar uno de los grandes pezones púrpura de la mujer amargos por la heroína. No era raro que Lola atendiera a uno de sus clientes mientras dos “Gatitos” le chupaban los senos.

Cuando Esperanza se dio vuelta para entrar seis jóvenes con aspecto de cafisio salen violentamente por la puerta con he-dor a brillantina y se inclinan sobre el balcón aullando insultos contra Joselito.

Eso trae refuerzos al disminuido balcón inferior. Tío Mate sale despacio seguido por Ka El Mono adolescente.

Tío Mate es un viejo asesino con doce venados en el arma. Un viejo flaco fantasmal con ojos del color de una gastada camisa gris de franela. Usa un traje negro y una Stetson negra. Bajo la chaqueta tiene una Smith and Wesson de acción única una cuarenta y cuatro con un cañón de siete pulgadas asegurada sobre el costado enjuto. Tío Mate quiere poner otro venado en su arma antes de morir.

La expresión “venado” deriva de los distritos montañosos del norte de México donde se suele entregar a la policía el cadáver cruzado sobre el caballo como el de un ciervo.

Un joven fiscal de distrito que llega de la capital. El tío Mate hace una visita para darle una lección de costumbres.

Tío Mate (mientras arma un cigarrillo):

–Voy a mandarle un venado, *señor abogado*.

El Fiscal de Distrito (piensa “qué bien, eso es amable de su parte”):

–Bueno muchísimas gracias si no es demasiado problema...

Tío Mate (enciende el cigarrillo y suelta el humo):

–No es ningún problema, *señor abogado*. Un placer para mí.

Tío Mate sopla el humo que sale del cañón de su cuarenta y cuatro y sonrío.

El hombre llega colgado sobre una montura. Un policía indio cara de madera lleva el caballo de la rienda. El Fiscal sale a la puerta. El policía echa la cabeza para atrás...

—... *un venado*.

Tío Mate había sido el *pistolero* de una familia de terratenientes ricos en el norte de México. La familia terminó arruinada por las expropiaciones cuando apoyaron al candidato presidencial equivocado y el tío Mate se vino a vivir con sus parientes en la Capital. La habitación es una celda blanca, vacía, un jergón, un baúl, una cajita de madera donde guarda sus mapas, su sextante, su brújula. Todas las noches limpia la cuarenta y cuatro y le pone aceite. Es un arma hermosa hecha a medida que le dio el *patrón* por matar a “mi desafortunado hermano el General”. Está revestida de níquel con escenas de caza grabadas en el cilindro y el cañón. La empuñadura es de porcelana blanca con dos cabezas azules de ciervo. El tío Mate no tiene nada que hacer excepto aceitar el arma y esperar. El arma hace brillar en esos ojos una remota calma mineral. Se sienta durante horas sobre el balcón con los mapas e instrumentos extendidos sobre una mesa de terciopelo verde para jugar a los naipes. Se le mueven solamente los ojos mientras rastrea buitres en el cielo. Ocasionalmente, dibuja una línea en el mapa o escribe números en un registro. Todos los Días de la Independencia, los *vecinos* se reúnen para ver cómo tío Mate hace estallar un buitre en el cielo con su cuarenta y cuatro. Tío Mate consulta los mapas y elige un buitre. Mueve la cabeza levemente de un lado a otro los ojos sobre el blanco distante apunta y dispara: un buitre que va dejando plumas negras en su caída desde el cielo. Tan precisos son los cálculos de tío Mate que una pluma flota hasta el balcón. El Mono, el Portador de la Pluma, se la lleva al tío Mate. Tío Mate se pone la pluma en la banda del sombrero. Hay quince años negros en esa banda.

El Mono ha sido Portador de la Pluma de tío Mate durante cinco años. Se sienta durante horas en el balcón hasta que las

caras de los dos se funden una en la otra. Tiene sus propios mapitas y su brújula. Está aprendiendo a dispararle a un buitre del cielo. Un chico ágil flaco de trece años él trepa por todo el edificio espionando a los *vecinos*. Tiene puesta una gorra azul con una calavera y cuando se la saca los *vecinos* se apresuran a poner una moneda en ella. Si no lo hacen, él pone en acto una impotencia reciente, un movimiento intestinal, una lamida de concha con tanta precisión mímica que cualquiera puede identificar la parte en cuestión.

El Mono elige a un cafisio con los ojos. Hace el gesto de engrasar una vela. El cafisio se lame los labios sin hablar con horror en los ojos inquietos. Ahora El Mono le está metiendo la vela en el culo adentro y afuera muestra los dientes ojos en blanco y jadea:

–*Sangre de Cristo...* –El cafisio empalado ahí para que todos lo vean. Joselito da un salto hacia arriba y zapatea un fandango triunfal. Aterrorizado por el tío Mate y asustado por una impotencia reciente, un movimiento intestinal, una lamida de concha, el cafisio retrocede, en medio de la confusión.

Ahora el tío Paco aporta hombres para el balcón superior con su camarada de armas Fernández que le entrega las drogas. Muy pobre, muy orgulloso, desprecia cualquier propina, solamente le preocupa el juego. Trae la orden equivocada y culpa al cliente, sacude la más horrible de las toallas, empuja de vuelta una propina diciendo “La casa nos paga”. Le grita a otro cliente: “*Le service n’est-ce pas compris*”. Estudió con Pullman George y aprendió el arte de sacudir los brazos para llamar la atención a través de una habitación:

café caliente en una entropierna tranquila y estadounidense.

Y que se cuide el camarero que le cause un enojo:

la bandeja vuela en el aire. Los clientes ricos bien vestidos esquivan tazas y vasos, una botella de Fundador partida en el suelo.

Fernández odia a los adolescentes, las estrellas pop, los beatniks, los turistas, los queers, los criminales, los vagabundos, las putas y los drogadictos. Tío Paco odia esas clases de persona también.

A Fernández le gustan los policías, los sacerdotes, los oficiales del ejército, los ricos de buena reputación. A tío Paco también. Les sirve con rapidez y muy bien. Pero tienen que tener una vida por encima de todo reproche.

Un escándalo en el diario puede significar largas esperas en el servicio.

El cliente se impacienta. Hace un gesto de enojo. Un sifón de soda estalla en el suelo.

Lo que a los dos les gusta más que ninguna otra cosa es humillar a un miembro de las clases odiadas o dar información a la policía.

Fernández arroja una receta de morfina a través del mostrador hacia el cliente.

—*No prestamos servicios a los viciosos.*

Tío Paco ignora a una estrella pop y su esposa hasta que el mensaje frío y amargo les entra en el alma gota a gota:

—No queremos a los de tu clase acá.

Fernández sostiene una receta en la mano. Es un hombre gordiflón de cerca de cuarenta. Detrás de los anteojos oscuros, los ojos son amarillos, como los que sufren una enfermedad del hígado. La voz urgente baja en el teléfono.

—*Receta narcótica falsificado.*

—Su receta va a estar lista en un minuto, *señor.*

El tío Paco se detiene a limpiar una mesa y susurra:

—Marihuana en una valija..., mesa junto a la puerta. —El policía le palmea la mano.

Ni tío Paco ni Fernández quieren aceptar ningún tipo de recompensa por los servicios prestados a sus buenos amigos los policías.

Cuando vinieron a vivir en el piso superior hace cinco años, tío Mate los vio una vez en el vestíbulo.

–Hijos de puta amantes del dinero –dijo en voz calma y tajante.

No volvió a tener ocasión de verlos. Todos los que tío Mate encuentra desagradables aprenden rápidamente a mantenerse lejos del espacio en el que se mueve tío Mate.

Fernández va hacia la pared y su esposa aparece a su lado. Los ojos de ella son amarillos los dientes de oro. Ahora aparece la hija. Tiene bigote y piernas peludas. Fernández mira hacia abajo desde un retrato familiar.

–*Criminales. Maricones. Vagabundos.* Los voy a denunciar a la policía.

Tío Paco reúne a todos los viejos amargados en un estallido agrio de odio sin alegría. Joselito deja de bailar y se deja caer como una flor marchita. Tío Pepe y Dolores son demonios menores. Retroceden furtivos y temerosos como ratas al amanecer. Tío Mate mira un punto distante más allá del viejo camarero y rastrea buitres en el cielo. El Mono está de pie pálido y frío. No quiere imitar a Fernández y a tío Paco.

Y ahora llega al balcón inferior tía María, vieja dama gorda jubilada de un circo rodante; apoya su peso enorme en dos bastones. Tía María come caramelos y lee historias de amor todo el día y hace lecturas de naipes, los naipes pegajosos y manchados de chocolate. Emite una dulzura densa. Implacable y triste, la dulzura fluye de ella como una pista de aterrizaje de espuma. Los *vecinos* le tienen miedo a esa dulzura que en actitud fatalista consideran un peligro natural parecido a un terremoto o un volcán. “El azúcar de Mary” lo llaman. Un día esa dulzura podría desprenderse y convertir a la ciudad en una torta.

Ella levanta la vista hacia Fernández y los ojos tristes marro- nes lo bañan de chocolate. Tío Paco trata desesperadamente

de llegarle por el costado pero ella lo rocía con cerezas al marrasquino de sus drogas y le hace un baño de fondant rosado. Tío Paco es el hombrecito en una torta de bodas toda de caramelo. Ella se lo va a comer más tarde.

Ahora el tío Gordo, el vendedor ciego de billetes de lotería, hace rodar su cuerpo inmenso desde el balcón superior, la silla de ruedas una carroza, el perro negro furioso a un costado. El perro huele todo el dinero que pasa por las manos de tío Gordo. Un billete roto hace surgir un gruñido ominoso, uno falso y el perro quiebra el brazo del hombre con las poderosas mandíbulas, afirma con fuerza las patas y lo retiene hasta que llega la policía. El perro salta hacia la pared del balcón y pasa las patas por encima mientras ladra, gruñe, se eriza, los ojos fosforescentes. Tía María jadea y el azúcar le corre por encima. La aterrorizan los “perros de la rabia” como los llama. El perro parece listo para saltar hacia el balcón inferior. Tío Mate calcula la trayectoria que tendría el cuerpo del perro. Lo va a matar en el aire.

Tío Pepe echa la cabeza hacia atrás y aulla:

*–Perro atropellado para un camión.*

El perro arrastra sus cuartos traseros quebrados en una calle polvorienta de mediodía.

El perro se acerca gimiendo a tío Gordo, se arrastra por el suelo.

El Agente González se despierta musitando “*Chingoa*” los humos de mescal arden en el cerebro. Se abotona la túnica de policía y la cuarenta y cinco, empuja con gesto agresivo la pared del balcón superior.

González es un hombre deshonorado quebrado. Todos los *vecinos* saben que le tiene terror a tío Mate y que cruza la calle para evitarlo. El Mono representa los dos roles.

González mira hacia abajo y ahí está tío Mate esperando. Se le eriza el pelo de la cabeza.

*–CHINGOA.*

Saca la cuarenta y cinco con violencia y dispara dos veces. Las balas silban rozando la cabeza de tío Mate. Tío Mate sonrío. Con un único movimiento suave saca el arma, apunta y dispara. La bala pesada que golpea la boca abierta de González y vuela hacia arriba a través del techo esparce un mechón pesado de pelos parados de la nuca de González. González se dobla sobre la pared del balcón. El pelo se le alisa y le cuelga desde la cabeza. La pared del balcón comienza a balancearse como un caballo. La cuarenta y cinco de González cae hacia el balcón inferior y se dispara.

El disparo rompe la cámara. Foto congelada de los dos balcones inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. González todavía colgado sobre la pared se desliza hacia delante, la silla de ruedas a mitad del camino del balcón superior, el perro que se arrastra sobre las patas firmes, los *vecinos* que tratan de subir y de bajar, resbalándose.

—DAME LA DIECISÉIS.

El camarógrafo filma con furia..., los cafisios gritan a través de los dientes, los ojos se les ponen en blanco, Esperanza hace un gesto de desprecio a la tierra mexicana, la dama gorda deja caer las faldas rosadas en remolino a su alrededor, la tía Dolores hace navegar los ojos hacia abajo, los guiña con dulzura y maldad como una muñeca, el perro cae a través de un cielo despejado y brillante.

La cámara se hunde y gira y se desliza rastreando buitres que suben más y más en espirales ascendentes.

Última toma: Contra la negrura congelada del espacio las caras fantasmales de tío Mate y El Mono. Lejanas estrellas débiles y errantes salpican los pómulos con ceniza plateada. *Tío Mate sonrío.*